

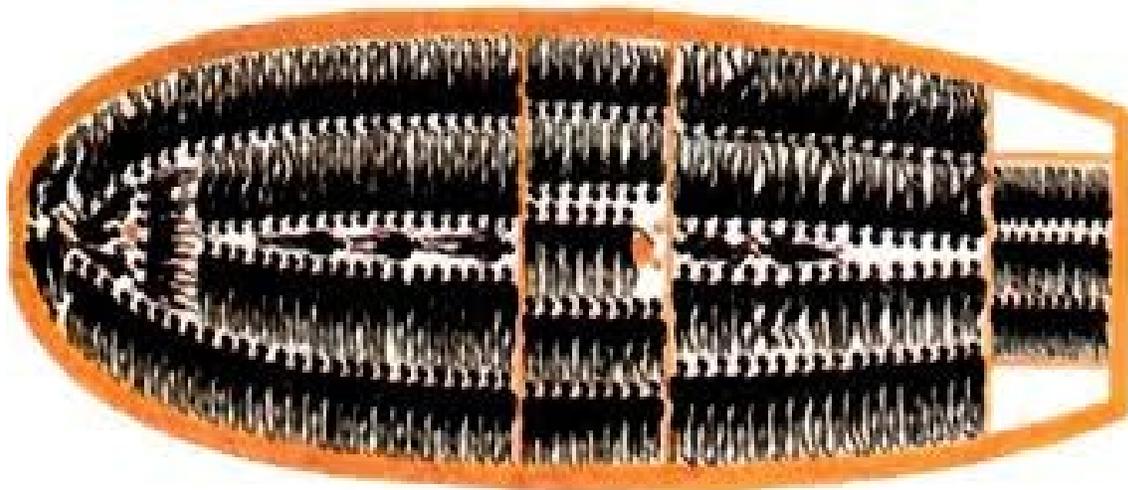
Los esclavos

El viaje

Una vez reunidos en tierra —todavía africana—, cerca del lugar del embarque, se los marcaba con un hierro candente para demostrar la pertenencia al negrero o a la compañía. Al igual que una marca para ganado, consistía en dos o tres letras (las iniciales del propietario). Por ejemplo, la Compañía Reales Aventureros, que pertenecía al duque de York, tenía el monograma "DY".

A los hombres solía aplicárseles en la espalda, a la altura de los omóplatos; y a las mujeres, en las nalgas. Esta operación causaba tanto terror que muchas veces se producían amotinamientos, huidas y hasta carreras suicidas hasta el agua para dejarse ahogar.

Engrillados de a dos, eran colocados en la bodega interior de un barco especialmente diseñado para que cupieran entre 300 y 400 africanos. Para aprovechar al máximo el espacio, cada barco tenía un plano que explicaba cuántos negros iban acostados, cuántos sentados y cuántos parados. Por supuesto en la bodega no había plano que explicara dónde colocar comodidad alguna, ni luces, ni agua, ni nada más que negros.



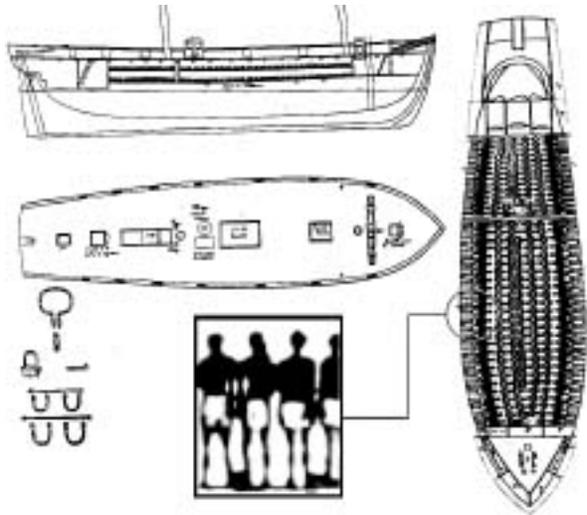
De aquí se explica que los barcos destinados al transporte de esclavos recibieran el mote de *tumbeiros*, algo así como "tumba".

Todos, hombres y mujeres eran obligados a permanecer con la menor cantidad de ropa posible, debido al intenso calor que hacía allí adentro. Movidos por el oleaje, los cuerpos casi desnudos se rozaban constantemente contra el piso sin cepillar recibiendo innumerables heridas que dejaban los huesos prácticamente al descubierto.

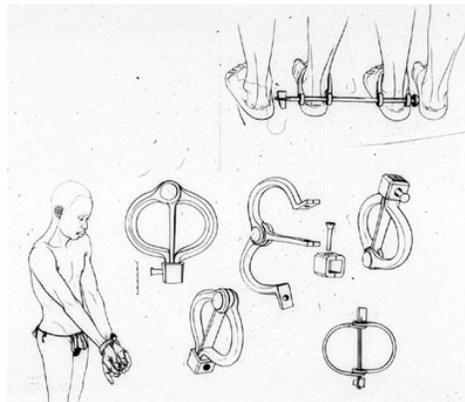
A pesar de tanto sufrimiento era necesario mantener el orden de alguna manera, para evitar cualquier rebelión en alta mar se recurría al terror que provocaba el "gato de nueve puntas" —látigos de nueve ramales confeccionados en cuero de elefante o hipopótamo con nudos en las puntas—.

Viajaban durante semanas, enfermos del vaivén y las llagas de los grillos, asqueados del olor de sus propios vómitos secos y vueltos a mojar. Cada dos o tres días había un poco más de espacio ya que era retirado el cuerpo de algún infeliz que, por no soportar tanto dolor y oscuridad, se entregaba al “banzo” (tristeza que mata de no comer).

Finalmente, si el barco no corría ningún peligro, es decir: no encallaba o los negros no eran arrojados vivos al mar si alguna peste se les había prendido a causa de tanto excremento y vómito junto, llegaban a puerto.



*Plano del barco esclavero "La vigilante".
Ubicación de cada negro (der.).
Dibujo de los grilletes (izq.).
Detalle de los prisioneros engrillados de a dos.*



Bibliografía

La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860
Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999